

## **CATEQUESIS FIESTA 2026 CENTENARIO DE LA CORONACIÓN DE LA VIRGEN DEL CARMEN COMO PATRONA Y REINA DE CHILE**

### **La Virgen del Carmen en nuestro ADN histórico**

Estamos comenzando, este año 2026, nuestra peregrinación anual al Santuario de la Virgen del Carmen de La Tirana. Lo hacemos preparando el corazón para el encuentro con nuestra Madre en el mes de julio. Como pueblo peregrino, hemos ido contando los días con alegría, sabiendo que, desde distintos lugares, llegaremos a los pies de la "Chinita" para ponernos bajo su amparo maternal.

Allí queremos presentarle nuestra vida: nuestras alegrías y tristezas, nuestras esperanzas y anhelos. Y así, celebrar una vez más su fiesta, dejando que el Señor renueve nuestro corazón.

Este año, además, la Virgen nos convoca de manera especial, porque celebramos el centenario de su coronación como Reina y Patrona de Chile. Quizás la distancia en el tiempo o en el lugar pueda hacernos sentir este acontecimiento como algo lejano. Sin embargo, queremos vivirlo con un mismo espíritu de fe, reconociendo la presencia de la Virgen del Carmen en la historia de nuestro país y también en nuestra propia vida: en nuestras familias, en nuestra devoción, en el baile religioso, en la peregrinación y en el servicio.

Todo en nosotros resuena con el nombre de María del Carmen. En nuestra tierra del norte, nuestros corazones se visten con los colores del Carmelo para celebrar a la Madre, Reina y Protectora de su pueblo: de los devotos, peregrinos y bailarines. Por eso es importante conocer nuestra historia, para no perder el sentido profundo de nuestra fe y de nuestra devoción a la Chinita que siempre nos invita a hacer lo que Jesús nos diga.

En el año 1825, el Papa Pío XI, acogiendo la fe del pueblo chileno, proclamó a la Virgen del Carmen como Patrona de Chile. Más tarde, en 1926, fue coronada como Reina en una multitudinaria celebración realizada en el entonces Parque Cousiño, hoy Parque O'Higgins. Fue un momento de profunda fe para el país, donde miles de chilenos se reunieron para honrar a su Madre.

Con el paso de los años, distintos signos han renovado esta devoción. En 1987, el Papa Juan Pablo II coronó la imagen de la Virgen del Carmen en el Templo Votivo de Maipú, y en esa misma visita celebró la Eucaristía en Antofagasta, donde estuvo presente la imagen peregrina de nuestra Carmelita, sí esa misma que cada 16 de julio sacamos en procesión. Más recientemente, en 2018, el Papa Francisco, en su visita al norte, coronó también la imagen venerada de la Virgen del Carmen de La Tirana, en medio de la profunda piedad popular de nuestro pueblo.

La coronación de la Virgen del Carmen no es solo un recuerdo del pasado. Es un signo vivo que ha marcado la identidad espiritual de Chile y especialmente de nuestro norte, donde la fe se expresa con fuerza en el canto, la danza y la peregrinación.

Hoy, al celebrar este centenario, no solo miramos con gratitud la historia, sino que renovamos nuestro compromiso de seguir caminando como Iglesia, bajo el amparo de María, nuestra Reina y Madre. Con ella, queremos seguir peregrinando, confiando en que nos guía siempre hacia su Hijo, el Señor de la vida.

### **La Reina de los cielos es también Reina en la tierra: ¿Por qué coronar a la Virgen?**

¿Alguna vez te has preguntado por qué coronamos a María? No eres el único. Muchos de nosotros hemos tenido esa misma inquietud. Tal vez guardas en el corazón el recuerdo de la coronación de la Virgen del Carmen en Playa Lobito, realizada por el Papa Francisco. Quizás estuviste allí, participando con tu baile, como peregrino o sirviendo con generosidad. Y, sin embargo, la pregunta sigue siendo válida: ¿por qué lo hacemos?

La Palabra de Dios nos ilumina nuestras dudas. En la carta de Santiago se nos dice: «Feliz aquel que persevera en la prueba, porque, una vez probado, recibirá la corona de la vida que el Señor prometió a los que lo aman» (St 1,12). María vivió toda su vida en fidelidad a Dios. Supo confiar, incluso en los momentos más difíciles. Por eso la reconocemos como aquella que ha recibido la “corona de la vida”, y se convierte para nosotros en un verdadero modelo de esperanza.

El Catecismo de la Iglesia nos recuerda que María ocupa un lugar único en la vida de la Iglesia: ella nos precede en el camino de la santidad. Es Madre, discípula y guía. Su vida nos muestra cómo seguir a Jesús con un corazón disponible y fiel.

Desde los primeros siglos, los cristianos han expresado su amor a la Virgen con gestos sencillos y profundos. Entre ellos, la costumbre de coronar sus imágenes como signo de honra y veneración. Ya en la antigüedad se representaba a María como Reina, especialmente en la tradición de la Iglesia oriental. Con el paso del tiempo, esta devoción se extendió también en Occidente, recordándonos que María está íntimamente unida a Cristo, Rey del universo.

La Iglesia, a lo largo de la historia, ha confirmado y enriquecido este gesto. En el año 1987, el Papa San Juan Pablo II aprobó el ritual de la coronación de imágenes de la Virgen María, destacando su profundo sentido: María es Reina porque ha seguido perfectamente a Cristo. Ella acogió el plan de Dios con humildad, caminó en la fe, guardó la Palabra en su corazón, permaneció junto a su Hijo hasta la cruz y perseveró en la oración con la Iglesia naciente.

Por eso creemos que María participa plenamente de la gloria de su Hijo. Ha recibido la corona de la vida, de la justicia y de la gloria prometida a quienes aman a Dios. Y al terminar su vida terrena, fue llevada a la presencia del Señor, siendo reconocida como Reina del cielo y de la tierra.

Así, cuando coronamos a María, no solo realizamos un gesto externo o una hermosa tradición. Estamos reconociendo lo que Dios ha hecho en ella. La honramos porque Él la ha honrado primero, y la contemplamos como modelo para nuestra vida cristiana. La corona que colocamos sobre la imagen de la Virgen y del Niño Jesús es también un llamado para nosotros. Nos recuerda que estamos invitados a vivir una vida llena de fe, de entrega y de amor. En nuestros bailes religiosos, en nuestras peregrinaciones, en el servicio y en la vida cotidiana, estamos llamados a buscar esa "corona" de virtudes que el Señor quiere regalarnos.

Que María, nuestra Madre y Reina, nos acompañe en este camino y nos enseñe siempre a hacer lo que Jesús nos diga.

### **Una corona con rostro nortino: un homenaje a la Virgen del Carmen de La Tirana.**

En este año centenario los Bailes Religiosos quieren homenajear a la Chinita con una corona material, se han inspirado en la chamiza y el sol abrazador de la pampa, haciendo memoria de estas letras: "Con la flor de la chamiza, que brota en la arena del Tamarugal, hagámosle una corona que ciña la frente de la Carmelita".

Estos versos, que tantas veces hemos cantado en los días de fiesta de la Chinita, resuenan en nuestro corazón y nos conectan con lo más profundo de nuestra fe y de nuestra identidad.

La chamiza —también conocida como retamilla o retama— es un arbusto propio de nuestra pampa del Tamarugal. Hoy es más difícil de encontrar, pero en otros tiempos fue parte esencial de la vida en el desierto: servía como leña para cocinar, para abrigarse en las frías noches pampinas, para levantar viviendas sencillas y también para acompañar la danza en las noches de fiesta. Antiguamente, los bailes religiosos, especialmente los "indios" y "pieles rojas", recogían la chamiza para encender fogatas alrededor de las cuales danzaban con fervor. Esa luz, nacida de lo sencillo de la tierra, iluminaba la devoción de un pueblo. Hoy quizás se usan otros materiales, pero el sentido profundo permanece: ofrecer lo que somos y lo que tenemos en la danza en honor a María del Carmen.

La flor de la chamiza es pequeña, delicada, de tonos amarillos y blancos. Aparece en medio del desierto como un signo de vida y belleza. Es la flor de nuestra tierra, la que adorna la pampa con sencillez y fuerza. Y es precisamente esa flor la que inspira nuestro canto a la Virgencita del Desierto. Por eso, cuando hablamos de

hacerle una corona a la Carmelita con flores de chamiza, estamos diciendo algo muy profundo: que queremos honrarla desde nuestra propia identidad, desde nuestra historia, desde lo que somos como pueblo. No con algo ajeno, sino con lo nuestro, con lo sencillo y verdadero de nuestra vida.

Junto a este signo, también contemplamos otro muy propio de nuestra tierra: la cruz rodeada por los rayos del sol. En ella reconocemos nuestra fe inculturada en la pampa, donde el sol nos envuelve con su calor y toca profundamente nuestra vida. Esa cruz luminosa nos recuerda a Jesucristo, el “Sol que nace de lo alto”, que viene a iluminar a quienes viven en tinieblas. Y en este camino de peregrinación, esa imagen nos invita a mirar también nuestras propias oscuridades.

¿Cuántas tinieblas llevamos en el corazón?

La enfermedad de un ser querido, la falta de trabajo, los sufrimientos que nos pesan, la incertidumbre del futuro, la pérdida de sentido, la mentira, el orgullo, la envidia... tantas realidades que a veces nublan nuestra vida. Pero en medio de todo eso, la Virgen no nos deja solos. Ella, coronada y con su Hijo en brazos, nos muestra la luz que no se apaga. Nos muestra a Jesús, el Señor, que puede iluminar toda oscuridad.

Por eso, en este camino hacia el santuario, no dejemos pasar la oportunidad de abrir el corazón. Dejémonos iluminar por el Señor. Acerquémonos a la oración junto a nuestra Madre y pidámosle con confianza que interceda por nosotros, para que su Hijo transforme nuestras tinieblas en luz, y nos regale su paz.

**¿Con qué corona queremos coronar a nuestra Madre este año? ¿Qué corona le regalaremos como bailes religiosos? ¿Como peregrinos? ¿Bailarines? ¿Familias? ¿Equipos de servicio? ¿Sacerdotes, diáconos, religiosas?**

¿Quieres coronar a la Virgen? ¿Tú, tu familia, tu baile religioso, tu comunidad?

A lo largo de la historia, han sido muchos los que han coronado a la Virgen María como su Reina. Hombres y mujeres sencillos, niños, familias, pastores de la Iglesia, incluso los Papas, han puesto su confianza en ella, reconociéndola como Madre y Protectora. Y lo han hecho con un corazón de hijos, confiando en su amor y en su cuidado.

Hoy, mientras caminamos hacia el santuario con el corazón puesto en el mes de julio, también nosotros estamos llamados a renovar ese amor a la Carmelita. En nuestra vida cotidiana —con sus alegrías y dificultades, con nuestras caídas y esfuerzos por hacer el bien— todo puede ser ofrecido a María. Todo puede transformarse en un acto de amor.

Pero, ¿qué significa realmente tener a nuestra Chinita como Reina? ¿Qué significa celebrar el centenario de su coronación? Significa, ante todo, vivir una verdadera

devoción a María. Significa dejarnos guiar por ella para acoger el mensaje de Jesús y hacerlo vida. Porque quienes hemos peregrinado al santuario lo sabemos bien: la Virgen nos ama, nos cuida y nos reúne como hijos bajo su manto. Y de ese encuentro nace un compromiso concreto: donde hay divisiones, estamos llamados a construir unidad; donde falta la esperanza, debemos ser portadores de consuelo; donde hay dificultades en la familia o en la comunidad, estamos llamados a dialogar, a perdonar y a volver a empezar.

En medio de nuestras realidades —como baile religioso, como comunidad, como dirigentes o servidores— es la Madre del Carmelo quien nos muestra el camino. Y nosotros estamos llamados a confiar y a dejarnos conducir por ella. Su mensaje sigue siendo claro y actual: “hagan lo que Él les diga”.

Quizás muchos hemos soñado con coronar a la Virgen con una hermosa corona material noble, de oro o de plata. Pero hoy queremos hacerte una invitación más profunda: hay una corona que alegra especialmente el corazón de la Carmelita, y todos podemos ofrecerla. Es la corona de las virtudes. Esa corona no se compra, se construye día a día. Nace de nuestras decisiones, de nuestras actitudes, de la forma en que vivimos. Es la generosidad, la honradez, la responsabilidad, la fortaleza, la sinceridad. Es también la humildad, el perdón, la caridad, la pureza, la entrega generosa en el baile religioso, en la comunidad cristiana y en la vida diaria.

Y junto a ellas, están las virtudes más grandes, las que Dios siembra en el corazón de sus hijos: la fe, la esperanza y la caridad. Son ellas las que nos acercan a Dios y nos ayudan a vivir como verdaderos discípulos de Jesús. Por eso, la invitación es sencilla y concreta: coronemos a la Virgen, no solo con gestos externos, sino con la vida. Que cada uno, junto a su familia, su baile o su comunidad, pueda escoger una virtud y esforzarse por vivirla con mayor compromiso.

Que ese esfuerzo, ese cambio de vida, sea el regalo que llevemos al santuario. Que al llegar a los pies de la Chinita, podamos decirle: “Madre, esta es la corona que hemos preparado para ti”. Porque, al final, esa es la corona más hermosa que puede recibir una Madre: la vida transformada de sus hijos.

Hermanos y hermanas, caminemos juntos hacia el santuario, la Carmelita nos espera con los brazos abiertos para celebrar junto a ella el gran encuentro de los hijos de este norte.

LA TIRANA, ABRIL DE 2026